

EL OBRERO.

Eran las 6 de la mañana de un hermoso día de verano, hora en que se empezaba el trabajo en la fábrica de tejidos del Sr. N..... y los obreros se iban reuniendo en su ancho pórtico: unos llegaban alegres silbando un canto popular, otros, de peor carácter ó menos contentos con su suerte, se adelantaban con paso lento y aire más grave, formando grupos separados los de diferente edad ú opuestas inclinaciones. En un corro compuesto de jóvenes y algunos hombres de mediana edad se fumaba, se charlaba y se rein, cuando un "buenos días, compañeros" pronunciado con cordialidad por una voz sonora y varonil interrumpió la conversacion empezada. En la alegría con que fué acogido el recién llegado, en las palmaditas en el hombro con que el más cercano le acariciaba, y en otras afectuosas demostraciones que recibió y prodigo, habia algo semejante al gozo que se experimenta al estrechar por vez primera la mano del amigo que vuelve de un largo viaje, pero prestad atención, amables lectores, al diálogo de los trabajadores y comprenderéis la causa:

—¡Ojalá aquí viene Manuel Coma, dijo un joven en cuanto oyó su voz. Bien venido, Manuel. Gracias á Dios que te vemos entre nosotros! añadió otro.

—Como me llamo Ramon, continuó un tercero, que no contaba con que pisaras más estas losas, porque la noche que me quedé á volarte creí que te nos marchabas por la posta.

—Pues ya lo veis, contestó el llamado Manuel Coma, no me he marchado gracias á mi constitucion robusta, al buen acierto del médico, á los cuidados de mi pobre Mercedes, y sobre todo, gracias al Señor, que se ha compadecido de ella y de mis inocentes hijos.

—En efecto, oí decir que estabas enfermo de gravedad. ¿Qué has tenido? ¿Cuánto tiempo has estado en cama? preguntó con aturdimiento un jovenillo vivaracho, alargándole un cigarro que acababa de liar, y preparándose á hacer otro para sí.

Manuel apartó suavemente la mano que ponía el cigarro en la suya, diciendo: gracias, hijo mio, fumaba poco, y desde mi última enfermedad no fumo nada. He estado un mes en cama, y no sé lo que he tenido; lo que he dejado de tener es salud, en cuanto al nombre de mi enfermedad, Dios lo sabe, y acaso también el médico; pero es hombre que habla poco y obra mucho, y habrá tenido por más conveniente librarme de ella que decirme su nombre.

—¡Cáspita, un mes de cama! Esto para un pobre trabajador quiere decir deudas para un año, dijo el primero que habia hablado, con un interés que participaba de curiosidad.

—Pues yo no tengo ninguna, contestó Coma.

—¡Hombrel me alegro, insistió su interlocutor, pero habrás tenido un ángel por allí que haga milagros.

—Tal vez, respondió sonriendo el obrero.

—Y advertid, amigos, en su familia os casi solo

para trabajar, dijo un hombre de unos 50 años, cuando en casa somos cuatro para ganar dinero, á saber: mi hijo, mis dos hijas y este servidor vuestro, y el día que alguno enfermo de gravedad habrá que llevarle al hospital.

—Pues ahí verá vd., Pedro, contestó Coma con dulzura, aquí viene bien aquello de: "más sabe el loco en su casa....."

—¡Ojalá ¿con que hay misterios? insistió Pedro.

—Pero misterios que explicaré de buena gana cuando tengamos más tiempo, pues ahora veo que nos llama á otra parte nuestra obligacion.

(Continuad.)

LOS OBREROS.

CANCION.

Alzad, amigos!—Con sus rayos de oro
El sol alumbró el Universo ya;
En el nombre del Padre y del Dios hijo
Vuestras nobles tareas comenzad.

Alzad! alzad!

Apure el lábio con ligero sorbo,
Bálsamo rico que la vida os dé,
Naturá os brinda con amor de madre,
Deleitoso y fragante, su café.

Bebed, bebed!

Ved sobre el banco la herramienta fria
Demandando á las manos su calor;
¡Hijos del arte! vuestros brazos ven
Al trabajo rindiendo grato honor.

Honor, honor!

Al compás de los golpes del martillo,
De la sierra el continuo resbalar,
Alegre el pecho su entusiasmo diga:
Que en el taller vuestra ventura está.

Está, está!

Cuando el sudor de vuestra frente mana,
Revelando el vigor y la salud,
Preciada aureola vuestra cien circunda,
Porque os presta su encanto la virtud.

Virtud, virtud!

De amante esposa y cariñosos hijos
Amor, ventura y esperanza sois;
Y de los padres que al nacer os dieron
Con la existencia inextinguible amor.

Amor, amor!

Reflejo en torno del hogar tranquilo
De vuestras artes el supremo bien;
Mas rendid á las artes digno culto
Que ellas venturas os darán tambien.

Tambien, tambien!

Al acercarse silenciosa y bella
La noche envuelta en celestial quietud,
Demandad á los libros su consuelo
Y el alma en ellos hallará la luz.

La luz, la luz!